

Los procesos de integración desde una perspectiva cultural

Adriana Marcela Londoño C.
adrimarcelondono@gmail.com

Adriana Marcela Londoño C. Politóloga de la Universidad Nacional de Colombia, magíster en Comunicación de la Universidad Javeriana, miembro del grupo de investigación Comunicación, Medios y Cultura, clasificado en Categoría A por Colciencias. Consultora Colombia proyecto Formación de Comunicadores Sociales para la Integración Andina, desarrollado por la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación (Felafacs) y la Comunidad Andina (CAN). Docente de tiempo completo de la Universidad de San Buenaventura, Bogotá, y editora de la revista *Management* de la Facultad de Ciencias Empresariales de la misma Universidad.

Resumen

El artículo plantea un recorrido por el asunto de la integración desde una perspectiva cultural, retomando los elementos históricos que a ella subyacen, para sugerir la actualidad del tema y la centralidad de la cultura en este contexto. Asociado con la integración cultural, el tema de las identidades y la discusión que desde diferentes posturas teóricas se propone, al respecto cobra importancia en este documento, en tanto se relaciona con la globalización que entra a definir y a redefinir los procesos de integración en América Latina.

Palabras claves:

Integración cultural, identidad, globalización.

Abstract

The article raises a route by the subject of integration from a cultural perspective, taking historical elements inside that perspective, in order to present integration actuality and culture centrality within this context. Associated with cultural integration, the subject of identities and the discussion about this aspect from different theoretical positions are important in this document, because it's related to globalization that enter to define and redefine Latin American integration processes.

Key words

Cultural integration, identity, globalization.

Introducción

Las lecciones de la historia

Hablar de una identidad latinoamericana o de unos rasgos comunes que nos hacen partícipes de un mismo espacio cultural, que más que ser un lugar físico es un lugar simbólico de encuentro e interacción entre culturas, implica retomar las raíces históricas de los procesos que han acompañado la configuración de los Estados-Nación, incluso antes de la invasión y el progresivo exterminio a manos de los españoles de las múltiples culturas indígenas que habitaban el territorio americano.

Si partimos del hecho de que la construcción de la historia, lejos de ser un ejercicio objetivo y desinteresado, es una apuesta completamente interesada, que recoge y visibiliza el pasado de acuerdo con la perspectiva de quienes ejercen el poder e intentan de manera hegemónica imponer una racionalidad determinada, nos encontramos con divergentes y distanciadas historias de América Latina. Lo que para unos autores constituyó la conquista de nuevas tierras y, con ello, la puesta en marcha de una cruzada civilizatoria, para otros no fue más que una penetración hostil e invasora en los territorios habitados por indígenas, cruelmente arrasados por los colonos. Estas dos versiones de la historia, entre muchas otras que circulan en los ámbitos académicos y en los espacios cotidianos del subcontinente, determinan qué tipo de identidad se ha construido históricamente y cuáles han sido los móviles histórico-políticos de esa construcción.

Sin lugar a dudas, el tema de la identidad cultural en un espacio de integración regional nos remite a cuestionarnos en torno a: ¿Qué espejo miramos? ¿Cuáles son los referentes simbólicos sobre los cuales nos hemos pensado “parte de”? ¿Los procesos de identificación nos han sido impuestos, o los hemos construido nosotros mismos? Estas y otras preguntas abren un fértil escenario de debate acerca del tema de la integración cultural.

Entender la identidad es comprender, con García Canclini, que:

[...] la identidad es una construcción que se relata. Se establecen los acontecimientos fundadores, casi siempre referidos a la apropiación de un territorio por un pueblo o a la independencia lograda enfrentando a los extraños. Se van sumando las hazañas en que los habitantes defienden ese territorio, ordenan sus conflictos internos y fijan los modos legítimos de vivir en él para diferenciarse de los otros (García Canclini, 1992).

Si hilamos más fino en este debate, nos encontramos con unas bases integracionistas ancladas en el pensamiento de Bolívar y alimentadas por la utopía de una patria grande y sin fronteras, en la que todos llegásemos a ser hermanos. Pensamiento que retomaría posteriormente Martí para soñar, como soñó Bolívar, con una América Unida en torno a un solo espíritu. Si bien este anhelo integracionista que se ubica en la base del pensamiento latinoamericano orientó procesos históricos y reunió colectividades a su alrededor, se advierte cómo en la actualidad otros son los móviles de la integración, otras son las

discusiones que se abren sobre el tema, otros son los lugares desde los que se convoca a hablar de integración. Hoy por hoy, llama la atención cómo la integración es convocada desde un lugar de poder específico (Estados Unidos) y responde a unos intereses económicos particulares. Otro es el modelo que rige nuestra realidad. Como lo advierte Roncagliolo: “[...] la integración ya no se esgrime frente a los desarrollados, sino ‘con ellos’. El integrar-nos latinoamericanista, ha sido reemplazado ahora por un integrar-se panamericanista” (Roncagliolo, 2003).

Este viraje de un modelo de integración a otro permite reconocer, con Ulloa, que: “[...] las identidades y los imaginarios de la integración latinoamericana, no se reducen, ni se agotan en la retórica economicista, ni en la ideología política de la izquierda [...] Más allá de estos circuitos, ciertas matrices culturales hicieron posible un imaginario común para ciertas generaciones” (Ulloa Sanmiguel, 1992).

Ahora estas matrices abren paso a nuevos imaginarios de la integración. Imaginarios que se debaten entre relaciones de continuidad y de conflicto, de encuentro y desencuentro, de desfases y de rupturas. Es justamente este argumento el que nos permitirá pensar si es posible hablar de un proceso de integración o de una identidad cultural; o si, por el contrario, se deben tener en cuenta múltiples procesos y múltiples identidades, sobre todo si nos referimos a la integración andina.

La actualidad de la integración y la relocalización de la cultura

La actualidad de la integración

La integración latinoamericana tiene en la actualidad una lógica y una geometría variables. En realidad, no existe un solo proceso de integración, sino una tendencia general que se manifiesta en varios procesos de integración que, bajo el signo de lo económico y comercial, siguen una evolución multidireccional, fluida y compleja, surcada de avances y retrocesos.

Lejos de la utopía histórica latinoamericana, a lo que hoy se asiste es a una fragmentación realista de la región en bloques económicos que compiten entre sí. Algunos autores afirman que Latinoamérica no existe sino como referencia a un bloque geocultural... por constituir. Para Germán Rey, la idea de América se asemeja más a la figura de un archipiélago donde todas las partes que lo conforman están unidas por aquello que las separa. Este retrato muy aproximado de América Latina llama la atención en las iniciativas que desde el mercado intentan “hacer bloques monolíticos, negando la diversidad y las diferencias” (Rey, 2006).

Aquí sería interesante mirar cómo el deber ser se aleja del ser en el plano económico, pero intenta acercarse en el plano social y cultural, en los que multiplicidad de experiencias propician procesos de integración que escapan de los marcos formales de los grandes acuerdos de integración (Mercosur, ALCA, Nafta, etcétera).

Desde la cultura también se habla de una integración que pasa por esta perspectiva, de una versión compartida de historias, tradiciones y procesos colectivos que nos permiten dialogar más allá de las fronteras. Unos prefieren hablar de identidad desde una perspectiva homogénea y petrificante, mientras para otros existen más lugares de desencuentro que de encuentro. Lo cierto es que por lo simbólico, lo cultural y lo mediático también están pasando los procesos de integración, aquellos que no se inscriben ni en el terreno de lo económico ni en el de lo comercial.

Lo que no hay que desconocer, antes de lamentarnos de lo lejos que está la utopía de integración latinoamericana en el plano político y económico, es que estos procesos parciales son pasos que pueden encaminar hacia la gran meta integracionista con mayor eficacia que la retórica o intentos del pasado en ese mismo sentido.

La relocalización de la cultura

Si cada vez menos los tratados comerciales y los acuerdos políticos y económicos entre nuestros países nos hacen sentirnos más cerca, y las fronteras parecen espacios infranqueables y conflictivos de relación con el vecino; si cada vez más sentimos que el sueño integracionista de nuestros antepasados es una quimera, que con el correr del tiempo se ha ido alejando de la realidad del subcontinente; si, como archipiélagos distanciados, los pueblos de América Latina destacan sus diferencias y esconden sus semejanzas. Si todo eso es así, ha llegado el momento de relevar los móviles de la integración para dar espacio a la cultura como eje articulador de nuestras diferencias; como marco de convergencia de nuestras semejanzas, de nuestros éxitos y fracasos, de nuestras confianzas y de nuestros temores, de nuestra historia común y de las particularidades propias de las historias de cada país, de aquello que nos acerca al mismo tiempo que nos aleja.

Muchas son las transformaciones que han propiciado que la cultura vuelva a ocupar un papel protagónico en los procesos de integración nacional y regional. De acuerdo con algunos autores como Yudice (2002), hoy se pide a la cultura lo que antes se pedía a la política o a la economía. Desde esta perspectiva, se “invoca a la cultura como motor del desarrollo capitalista” (Yudice, 2002), en tanto desde los planteamientos del autor la cultura se convierte en un recurso que se sustenta en la explotación de la creatividad de los sujetos.

Bhabha entiende la irrupción de la cultura en la época moderna asociada al debacle de los grandes relatos que brindaron seguridad al sujeto durante varios siglos. La época moderna nos invita a pensar más allá de las subjetividades construidas; por ello:

[...] el distanciamiento de las singularidades de “clase” o de “género” como categorías conceptuales y organizacionales primarias ha dado por resultado una conciencia de las posiciones del sujeto (posiciones de raza, género, generación, ubicación institucional, localización geopolítica, orientación sexual) que habitan todo reclamo a la identidad del mundo moderno. Lo que innova en la teoría, y es crucial en la política, es la necesidad de

pensar más allá de las narrativas de las subjetividades originarias e iniciales, y concentrarse en esos momentos o procesos que se producen en la articulación de las diferencias culturales (Bhabha, 1994).

Estas aproximaciones conceptuales nos conminan a reflexionar acerca del papel que viene cumpliendo la cultura en los procesos de integración regional, teniendo en cuenta la centralidad que ella adquiere en el ámbito global, en tanto se encuentra relacionada con el desarrollo de las sociedades y, por ende, ha logrado redefinir los esquemas de producción centrados en el trabajo material por modelos orientados por el conocimiento como materia prima de gran valor en un mundo en el que cada vez más la creatividad, la invención y la experimentación “no se reducen sólo al arte, sino que, además, se expanden a la producción y a todas las esferas de la sociedad” (Garretón, 2003).

En consonancia con lo propuesto por Yudice, en un escenario global, en el que la política deja de ser un lugar de convocatoria y de articulación de intereses distintos, y en tanto el proyecto moderno y su idea de hombre-ciudadano se agotan al desdibujarse las diferencias entre los sujetos, estallan las identidades y la cultura se relocaliza en la medida en que: “[...] las identidades surgen y también en la medida en que la razón instrumental, tanto en su sentido más noble de la ciencia-tecnología como en las dimensiones tecnocráticas y de mercado, es la que entra a configurar los nuevos tejidos, las nuevas redes, y a definir lo que vale y no vale, o sea, lo que se incluye y lo que se excluye” (Garretón, 2003).

El repunte de la cultura en el panorama internacional arrastra consigo el reconocimiento de la comunicación como motor de la sociedad del conocimiento, puesto que esta representa el espacio donde la cultura se despliega. Así, las nuevas tecnologías de la información y la comunicación se sustentan en la creatividad y la innovación. De este modo, y siguiendo a Garretón: “[...] las luchas políticas, cada vez más, serán de disputa por el modelo cultural de la sociedad, es decir, por modelos y sentidos de vida individual y colectivo [...]” (Garretón, 2003).

En virtud de la centralidad que adquiere la cultura en la época moderna, los procesos de integración no son ajenos a ello, y empiezan a repensarse alrededor del tema cultural y simbólico. La creatividad y la innovación hacen parte de los intercambios culturales que cobran sentido en el subcontinente y que se materializan en las denominadas “industrias culturales”, entendidas como los lugares de producción simbólica desde los que nos estamos reconociendo y representando. De esta forma, tanto la radio como la prensa y la televisión, herramientas tecnológicas virtuales, se convierten hoy día no solo en dispositivos del mercado sino también en fuentes importantes de construcción de sentido.

De la misma forma, desde los Estados latinoamericanos se han empezado a perfilar hace ya mucho tiempo una serie de políticas culturales orientadas hacia la construcción de memoria histórica, de relatos comunes y de perspectivas compartidas de futuro, que han intentado tejer, desde la centralidad de la cultura, una suerte de procesos identitarios a escala nacional, que, de alguna manera, repercuten en un escenario de integración regional. Justamente estos procesos de construcción de identidades, que alguna vez fueron

viabilizados desde el Estado, hoy se enmarcan en terrenos más globales que nos conducen, de una u otra forma, a pensar incluso el propio concepto de identidad.

Globalización y nuevas identidades

Pensar la integración en un mundo globalizado, en el que las distancias se hacen cada vez más cortas y los lazos parecieran estrecharse, nos remite de entrada a considerar que, hoy más que nunca, las identidades alcanzan un papel protagónico y, por ende, la cultura como elemento integrador, incluso más efectivo que el económico y comercial, adquiere un lugar predominante en la agenda de los procesos de integración en curso. La convicción de que la integración debe despojarse del revestimiento institucional y pragmático que la caracterizaba para vestirse de diversidad y tramas sociales, con el fin de insertarse en el lenguaje y experiencia de los ciudadanos partícipes de los procesos de integración, explica el viraje adoptado por iniciativas como las de la Comunidad Andina, que dirigen la mirada hacia la sociedad civil y su efectiva inclusión en los procesos de integración.

La revitalización de las identidades es un proceso que, si bien propicia la integración, también puede conducir a los más enquistados conflictos entre culturas, entre diferentes formas de ver el mundo. No en vano Hungtinton (1997) explica el panorama internacional como un escenario de conflicto entre civilizaciones, más que entre Estados y gobiernos. A lo que se asiste y asistirá en el futuro es a un choque entre las diferentes culturas que existen en el mundo. Conflicto que revestirá elementos de fundamentalismo religioso, o de distanciamientos étnicos, raciales, de género, etcétera.

Esas nuevas formas de pensar e interactuar frente al mundo, hasta entonces silenciadas por el estruendoso dominio de la razón, emergen justo cuando el proyecto moderno sustentado en esta entra en crisis e irrumpen en su reemplazo en la escena pública otras racionalidades, otras formas de reconocimiento que intentan pensar desde otras perspectivas las dimensiones propias del proceso civilizatorio.

Desde esta perspectiva, las identidades que emergen como producto de las dinámicas de interconexión propias de la globalización y del fracaso del proyecto moderno instauran nuevos modos de conocer que inauguran formas dispersas y fragmentadas del saber, que, como señala Martín Barbero, están “[...] pudiendo escapar al control y la reproducción imperantes en sus legitimados lugares de circulación” (Martín Barbero, 2005).

Desde muchos lugares y desde diferentes disciplinas se promueve la búsqueda de pensamiento alternativo; búsqueda que pasa por el reconocimiento de esos otros espacios no tradicionales a partir de los cuales emergen los discursos. En este escenario, los estudios culturales se presentan como un campo de saber desde el cual pensar y dialogar con ese tipo de pensamiento, con el fin de “[...] reafirmar, con sentido de plenitud, las muchas formas históricas en que es posible vivir en América Latina: una, diversa, total y desgarrada”. Esta afirmación nos remite a la disyuntiva subyacente en los procesos de globalización e integración: cómo unir desde lo diverso, cómo no reconocer la explosión de la diversidad, acompañada de una tendencia hacia la uniformidad.

Como afirma Palermo, este reconocimiento de las formas alternativas de conocer el mundo más allá de quedarse en manifestaciones que festejan la hibridez y la diversidad cultural, deben responder a auténticas transformaciones en los modos de representación social, entendiendo que la exclusión del “otro” parte de las construcciones estereotipadas y mediatizadas de su imagen. En ese sentido, a través de una crítica a los planteamientos sobre la hibridación cultural propuestos por García Canclini, que operan “[...] bajo el supuesto según el que la globalización cultural es un hecho generalizado e irreversible que sólo puede controlarse por procesos de reapropiación local y de mezcla de objetos, prácticas y tecnologías” (Palermo, 2003), los estudios subalternos defienden la noción de “multiculturalismo” para advertir con ella la solidaridad que se desprende frente al conocimiento del otro al reconocerlo tan válido como el nuestro y, por ende, al interlocutor con él, partiendo de su rol como productor de saberes.

Desde esta perspectiva, la brecha existente entre los estudios culturales latinoamericanos y los estudios sobre la subalternidad radica en que los primeros reconocen en el “otro” un objeto de investigación, mientras que los segundos lo consideran como un par con el que se puede dialogar. Pensando en ello, retoman la oposición básica entre el ser y el estar para referirse al conocimiento que emana de los pueblos indígenas, a su forma de pararse frente al mundo que se separa de la lógica tradicional del “ser” que refiere a un sujeto que controla, domina y actúa sobre la naturaleza. Por ello, los pueblos indígenas se ubicarían en el plano del estar, que explica su relación contemplativa respecto del entorno y la construcción de nociones como el “estar aquí” para referirse al lugar de habitación (maloka, comunidad, parcela) (Palermo, 2003).

Más allá de contextualizar el tema de la revaloración de las identidades de tipo étnico, cultural y de género al margen de un debate que pone en presente la manera en la que se abordan las emergentes formas de conocimiento que emanan de estos grupos identitarios, vale la pena preguntarse: ¿Quién nos garantiza que tanto unos como los otros no están escondiendo bajo ese ropaje incluyente una forma nueva de sometimiento o intervencionismo? En ese sentido, el desafío para los procesos integracionistas consiste en conocer los intrínquilos del debate y reconocer los desafíos que ofrece una integración desde una perspectiva cultural, simbólica y experiencial.

Es de esta forma como los estudios culturales se convierten en el espacio para identificar las modalidades múltiples del ser y las tramas complejas de luchas y tensiones de poder y sentido en el marco de la cultura. De ese modo, los espacios de integración surgen como una pregunta por las cercanías y las distancias, pero también como una lectura crítica sobre el lugar de la cultura en su acepción anterior y el lugar de la cultura convertida en pieza del mercado, territorio en el que cabe la reflexión sobre el papel de la comunicación como acción colectiva y la comunicación como empresa de distribución de sentidos dominantes.

Cultura, conflicto y convivencia

Si empezamos a hilar más fino sobre el debate recién esbozado encontramos que, aparte de reconocerse la emergencia de nuevas identidades que oxigenan el panorama dominante, no puede dejarse de lado que

estas identidades no convergen de manera consensuada en un escenario donde la cultura es pensada como una forma total de vida en la que el conflicto aparece dirimido por efecto de las conversaciones entre culturas diversas. Contrario a esta perspectiva, E. P. Thompson propone una noción de cultura según la cual el conflicto adquiere una centralidad importante en tanto se piensa que “[...] ninguna forma total de vida está privada de una dimensión de confrontación y lucha entre formas opuestas de vida”.¹

Por esta misma vía, si retomamos los planteamientos de Pierre Bourdieu respecto de las configuraciones culturales de la sociedad francesa en su obra “La distinción”, nos encontraremos con un concepto de cultura surcado por el conflicto y por la lucha entre los diferentes significados y valores otorgados a las tradiciones y prácticas de una comunidad particular. Desde esta perspectiva, el campo cultural se convierte en un espacio de lucha de sentidos, en el que unos actores imponen, negocian o consensúan sus sentidos a los otros.

Pensar Latinoamérica hoy es pensar en los conflictos que la circundan; es comprender que la centralidad que ha adquirido la cultura como una perspectiva autónoma de la economía o de la política ha puesto en presente una multiplicidad de luchas en el terreno de la significación, y ha delineado unas tramas heterogéneas y diversas que posibilitan hablar de culturas en plural antes que de culturas homogéneas y cerradas. Lo interesante de estas transformaciones es que, como nunca antes, la cultura pasa cada vez más por el terreno de los medios que por el de los lugares convencionales de encuentro e interacción entre ciudadanos, teniendo en cuenta que los medios dejan de ser percibidos como meros transmisores de información y adquieren un papel más complejo en tanto fungen como matriz “productora y organizadora del sentido” (Sunkel, 2005).

En el esquema de mediatización de la sociedad, la política también se transforma y los escenarios donde ella tenía lugar y revestía de sentido las prácticas asociadas con esta, se desplazan. Si durante mucho tiempo el espacio de encuentro e interacción entre actores políticos era la plaza, hoy por hoy los medios de comunicación se han ido configurando como esos escenarios donde buena parte de lo político tiene lugar. Sin duda alguna, estos cambios han afectado la política y han restado la densidad que la caracterizaba, pero, al mismo tiempo están abriendo nuevas posibilidades para que actores antaño excluidos puedan expresarse.

Para la integración, este espacio de lucha resulta contradictorio: las naciones han hecho históricamente su identidad a partir de combatir y diferenciarse de los signos del otro, de modo que ser colombiano resulta no ser ecuatoriano ni peruano; pero, a la vez, la lucha de la región necesita y halla ocasionalmente sentidos compartidos en un referente o en algún tipo de fenómeno que convoca a un espacio cultural común donde la lucha es con un otro externo, un ejemplo de ello, podría ser la lucha que buena parte de la región ha

¹ Este concepto de cultura emerge de los planteamientos de la escuela de los estudios culturales ingleses (S. Hall), para quienes la cultura es la suma de todas las descripciones disponibles que otorgan sentido a la vida y a la experiencia común. Esta noción desde la perspectiva de Raymond Williams transita de las ideas a las prácticas, en tanto concibe que la manera de ver el mundo es equiparable a la forma en la que se vive e interactúa en él (tomado de Sunkel, 2005: 14).

emprendido contra el imperialismo yanqui en los últimos años.

Conflicto, memoria y olvido

Reconocer que la identidad latinoamericana está atravesada por el conflicto y se ha alimentado históricamente de la diversidad de culturas e intereses que han detonado estos desencuentros, nos remite a considerar cuáles son esos apartes de la historia que recordamos y cuáles de ellos hemos querido olvidar por el dolor que nos produce su recuerdo. Inmersos en una permanente dinámica que se debate entre el recuerdo y el olvido, hemos potenciado los conflictos en algunos casos, mientras que, en otros, volver a recordar aquello que hemos olvidado, o que nos han hecho olvidar, otorga un nuevo sentido a nuestra historia y permite así reconfigurar nuestras identidades. Por ello, los ejercicios de la memoria pueden arraigar el conflicto o, por el contrario, reconciliar las disputas.

Contra lo que se piensa, los procesos de configuración de un pasado común han experimentado fuertes elementos de olvido selectivo. Tal vez no recordamos lo que queremos recordar, sino lo que “otros” — llámese colonos, élites, dictadores— nos han hecho recordar. Quizá tengamos muchas historias que compartir y muchas otras que olvidar. Lo importante es evidenciar cómo el conflicto y el dolor han hecho parte sustancial de nuestra historia, y nosotros como latinoamericanos debemos exigir nuestro derecho a recordar, y también, por qué no, a olvidar.

Latinoamérica está surcada de ejemplos en los que la recuperación del pasado se presenta como incompleta y fragmentada, donde la fuerza le ha ganado la batalla a la memoria. Las dictaduras por las que atravesaron la mayor parte de nuestros países en las décadas de 1960 y 1970, o los prolongados conflictos armados como los que vive Colombia, son la muestra fehaciente de las fracturas de la memoria, del silencio que aún recorre como un fantasma nuestro pasado, porque si algo se puede concluir de todo esto es que, lejos de existir un pasado heroico, exclusivo y verdadero, hay tantas versiones de la historia como actores de ella.

Para los latinoamericanos, las heridas siguen abiertas y el recuerdo se aferra a nuestras mentes como un hijo a su madre en sus primeros años de vida. El dolor sana en tanto existan claridades sobre el pasado, y en eso consisten la memoria y la reparación. Pensando en ello, si no nos proponemos “[...] investigar la densidad simbólica de nuestros olvidos [lo que] equivale a darnos la posibilidad de mirarnos unos a otros, de entrelazar memorias de modo que podamos descubrir las trampas patrioterías que nos tiende la memoria oficial y hacer estallar la engañosa neutralidad con que nos adormecen los medios” (Martín Barbero, 1998), lejos estaremos de pensar procesos de integración desde lo cultural-simbólico.

Con esta consideración, es posible encontrar una estrecha relación entre los procesos de configuración de la memoria y la construcción de una identidad latinoamericana, en tanto es posible advertir cómo recordar u olvidar implica, en definitiva, “pertenecer a”, estar “vinculado con”. Los procesos de identificación parten de estrechar lazos, de construir proyectos comunes en los que todos seamos partícipes, de reconocer y respetar la diversidad; pero también pueden propiciar todo lo contrario: exclusión, olvido selectivo,

manipulación.

Preguntas acerca de la memoria común de nuestras naciones andinas constituyen claves del espacio ciudadano en la integración. Monumentos compartidos en plazas, nombres de avenidas olvidados en una cosmología de la memoria que se desdibuja o que se evoca momentáneamente. Lugares de la memoria que, junto con los flujos que compartimos en anécdotas, enfrentamientos amigables como el deporte, melodramas o cantos populares en los que se reproduce una estructura de sentimiento común, hacen parte de la memoria sensible interrogada en la pregunta por la integración.

Violencia urbana y desplazamiento

Pero los conflictos que permean la región no se circunscriben al escenario nacional: cada vez más, las principales ciudades latinoamericanas enfrentan serios problemas de violencia urbana que se relacionan con frecuencia con hechos de delincuencia juvenil y droga. Este escenario de inseguridad que circunda nuestras ciudades se ha traducido en una suerte de desconfianza frente a las instituciones estatales encargadas de velar por la seguridad de los ciudadanos. Y si a esto sumamos los niveles de corrupción de la fuerza pública y los casos de violaciones de derechos humanos en los que se han visto involucrados nuestros garantes de la seguridad, el panorama se torna más complicado aun.

En esta configuración de un imaginario de violencia urbana, los medios tienen una fuerte responsabilidad, pues explotan los discursos y las representaciones en torno a la crueldad, la sevicia, el horror y el drama de los hechos cotidianos de las urbes. Como cazadores nocturnos, los medios se toman el trabajo de salir a las calles a buscar lo macabro y lo perverso de nuestras violencias. Violencias que, más que estar vinculadas con espectáculos dantescos y, por ende, mediatizables, se asocian con las precarias condiciones de vida de nuestros países, la débil presencia del Estado y los procesos de exclusión política, social y económica a los que han sido sometidos nuestros habitantes.

Con estos comportamientos, los medios de comunicación fracturan nuestras sociedades, las dividen y polarizan entre buenos y malos; y, lejos de lograr dirimir los conflictos, los generan, al alimentar los odios entre unos y otros. Aunque no podemos generalizar este comportamiento, puesto que los medios se mueven en el espacio ambivalente de la apertura y el cierre, de la inclusión y de la exclusión, es importante llamar la atención sobre el desaforado aumento de los hechos de violencia que fortalecen los sentimientos de inseguridad y nos conminan cada vez más a ver en el vecino un potencial enemigo.

Desde la región, las imágenes de colombianos capturados en el vecindario, migrantes golpeados en una u otra latitud, dificultades legales para la migración y persecuciones xenófobas, no están lejos de ser parte constitutiva de esas violencias. No todos los migrantes son recibidos del mismo modo, y muchas de las capas en las que las oleadas de migrantes se superponen llevan consigo un volumen de distancias y marcas que ponen en las relaciones con el otro, signos de interrogación que se traducen en violencia.

El otro lado de la moneda

Del otro lado de la moneda se encuentran los sujetos que se resisten y que hacen de la calle o de la plaza el mejor medio de comunicación para expresar sus inconformidades, que se reinventan formas de acción colectiva para rechazar la exclusión a la que históricamente han sido sometidos, que desafían al poder y son capaces de generar importantes transformaciones en los sistemas políticos y económicos de sus países. Sujetos que se valen también de los medios de comunicación para hacerse visibles, para reconfigurar desde allí las identidades colectivas.

El movimiento zapatista en México, los piqueteros argentinos, el movimiento mapuche en Chile y los movimientos indígenas bolivianos y ecuatorianos, son algunos de los muchos ejemplos de esta explosión de la protesta ciudadana, de este empoderamiento de los sectores excluidos que exigen no tanto una inclusión en el sistema democrático capitalista occidental cuanto que se respete su autonomía, su dignidad y sus históricas reivindicaciones. Como advierte Gloria Muñoz Ramírez, periodista del diario mexicano *Jornada*: “La reconstrucción del pueblo-nación mapuche es una lucha anticapitalista que trata de crear un futuro distinto al que pretende el Estado chileno para los pueblos originarios. Es una lucha histórica [...]” (Muñoz Ramírez, 2005).

Para completar el panorama que emerge producto de la relación entre identidad y conflicto en América Latina, es necesario considerar fenómenos como la migración y el desplazamiento, que desgarran progresivamente a los habitantes del subcontinente. La presión de los grupos armados y las difíciles condiciones económicas que caracterizan a nuestros países, son al menos dos de las causas por las que centenares de personas deben dejar su lugar de vivienda para buscar un futuro más promisorio o, al menos, más seguro.

Lejos de ser espacios de intercambio y convivencia entre vecinos, las fronteras se han convertido en focos de violencia y persecución del otro, en espacios de desintegración donde toman forma los conflictos o litigios entre países. El cierre de fronteras, los exagerados requisitos para cruzar de un país a otro, los problemas de indefinición limítrofe, o las oleadas de desplazados que día a día atraviesan estos espacios, demuestran cómo estos lugares se pueden pensar como puntos de unión o de convergencia; pero más aun, se vienen percibiendo como infranqueables líneas divisorias.

Estos desencuentros fronterizos, sumados a las precarias condiciones de nuestros países, potencian los fenómenos de migración e inmigración que repercuten en las formas de convivencia, en tanto involucran la llegada de un “otro” a un territorio del que no hace parte. Por ello se crean y recrean estereotipos y representaciones en torno a ese otro, percibido como sospechoso, enemigo o invasor. Como argumenta Sunkel rescatando a Margulis: “[...] los marcos interpretativos de rechazo al inmigrante como sujeto de exclusión y discriminación aparecen fuertemente teñidos por argumentos de clase y raza, configurando lo que se ha denominado como la racionalización de las relaciones de clase” (Sunkel, 2005).

Desafíos de una integración desde la perspectiva cultural

Responder a la pregunta qué se integra, cómo se integra y para qué se integra remite a pensar por lo común, limitadamente, que la integración se enmarca en un espacio y un tiempo delimitados y que en ella entran en juego una serie de actores formales: en la mayoría de ocasiones se pasa por alto que la integración como proceso debe ser analizada en el marco de una dinámica que sobrepasa las fronteras nacionales e involucra el encuentro e intercambio entre múltiples sujetos. Nos referimos con ello al proceso de globalización que determina de forma bastante sustancial los procesos de integración y que, de una forma u otra, está definiendo quiénes y para qué se integran.

El proceso de globalización plantea, desde la lógica de Martín Barbero, cuatro desafíos que deben ser considerados a la hora de pensar la integración en el marco de la globalización cultural. Con el primero de ellos, la revolución tecnológica y la exclusión social, el autor invita a pensar los cambios socioculturales acaecidos con el advenimiento de las nuevas tecnologías de la información y de la comunicación más allá de su dimensión tecnológica, para situarlos en el terreno de las transformaciones sociales producidas por estos artefactos, que, paralelamente, integran a unos y excluyen a otros. Como él mismo señala: “La brecha digital, es en realidad una brecha social, que impide a la mayoría acceder y apropiarse, tanto física como económica y mentalmente, de las TIC” (Martín Barbero, 2005).

Lo anterior parte de reconocer la relevancia que ha alcanzado la información para nuestras sociedades, al punto de convertirse en un valor agregado incorporado en los productos que se consumen, así como en los procesos de producción; incluso ella misma se ha convertido en un producto que circula y se comercia en espacios predominantemente digitales. Al margen de esta hipertrofia informática, subyacen otras formas de comunicación e integración que no pasan necesariamente por los circuitos informacionales. Los relatos tradicionales, los saberes populares, la memoria de nuestros abuelos y las experiencias de vida de inmigrantes y campesinos siguen tejiendo identidades, pese a su paulatina devaluación en los escenarios globales de interconexión digital. En este sentido, el debate entre lo que informacionalmente importa y aquello que no está hoy más vigente que nunca.

El segundo desafío se ubica en el plano jurídico en el que emerge el derecho a la comunicación, como una posibilidad que rebasa la discusión sobre el acceso a la información y el equilibrio de los flujos comunicacionales entre las diferentes regiones del mundo, para instaurarse en un ámbito en el que se reconozca la participación de los ciudadanos en su conocimiento y en su producción. Las preguntas que subyacen a los derechos están referidas al tipo de conocimiento que se conecta y a los lugares de los cuales emana ese conocimiento. Así las cosas, es necesario repensar un proceso de globalización que trascienda las formas de conocimiento hegemónicas y por ende informatizables, para reconocer el derecho de la sociedad a contar con esos otros conocimientos que, fruto de la experiencia y la interacción, vinculan de manera más estrecha a los ciudadanos.

El tercer desafío planteado por Martín Barbero pone de manifiesto los avances alcanzados en torno al acceso y democratización de la cultura y el conocimiento, que, paradójicamente, se ven limitados por la

defensa acérrima de una propiedad intelectual defendida bajo postulados economicistas y rentables, que van a contravía de las nuevas formas en que las culturas digitales asumen la propiedad desde una perspectiva colectiva.

Un ejemplo de estos otros espacios de integración que aprovechan el sinfín de posibilidades de conexión y diálogos con otros que brindan las nuevas tecnologías de la información y la comunicación puede encontrarse en las 375.659 páginas web que en Argentina, aun en medio de la crisis, intentan generar procesos de movilización colectiva y empoderamiento ciudadano a través de elementos creativos y artísticos que emergen desde microespacios sociales como los barrios. Una vez más se comprueba cómo la red ofrece infinitas posibilidades de emancipación de los sujetos y de integración de las voluntades.

El cuarto y último desafío centra su atención en el doble proceso al que se asiste en una época en la que, como nunca antes, se reconoce la diversidad, y emergen de manera explosiva una multiplicidad de culturas locales y de género hasta el momento invisibilizadas que corren paralelas a un importante movimiento de uniformación de la sociedad en torno a parámetros relacionados con el gusto, la moda, las tendencias musicales, asociados a un modelo estándar de belleza y éxito social. Desde esta perspectiva, el debate se centra, como lo plantea Martín Barbero, en “[...] la profunda relación entre la defensa de la diversidad cultural de las comunidades, ya sean civilizaciones, etnias o culturas locales, y la conciencia ciudadana del derecho a la diferencia en la vida cotidiana” (Martín Barbero, 2005).

Cerrando con los interrogantes iniciales se presenta con claridad la necesidad de pensar la trama multiforme de la cultura, de sus industrias, de las identidades y las múltiples formas del narrar, del circular y de la memoria que inscriben el conjunto de interrogantes y la agenda para las propuestas de comunicación y formación. ¿Cuáles son los lugares y los asuntos que convocan la integración hoy? ¿Cuáles las tramas compartidas desde el pasado y los tejidos comunes que soportan los encuentros entre distantes? Productores, lectores e intérpretes de signos, los ciudadanos diversos de la región son el lugar y el asunto que trama la comunicación posible.

Bibliografía

- Bhabha, H. *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manantial, 1994.
- García Canclini, N. "¿Quién nos va a contar la identidad? Cine, TV y video en la época del nacionalismo", en Núñez, L. Y. *Comunicación: identidad e integración latinoamericana. Memorias del II Encuentro de Facultades de Comunicación Social*. México: Universidad Iberoamericana, 1992, p. 67.
- Garretón, M. A. *El espacio cultural latinoamericano: bases para una política cultural de integración*. Bogotá: Convenio Andres Bello, 2003.
- Hungthinton, S. *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del nuevo orden mundial*. Barcelona: Paidós, 1997.
- Martín Barbero, J. "Cultura y nuevas mediaciones tecnológicas", en AA.VV. *América Latina: otras visiones desde la cultura*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2005, p. 14.
- Martín Barbero, J. "Medios, olvidos y desmemorias", [en línea]. <<http://www.revistanumero.com/24medios.htm>>, noviembre de 1998. [Consulta: 17 de marzo del 2009].
- Muñoz Ramírez, G. Comisión de Comunicaciones del Movimiento Mapuche, 27 de septiembre del 2005 [en línea]. <<http://meli.mapuches.org/spip.php?article144>>. [Consulta: 17 de marzo del 2009].
- Palermo, Z. "Para una genealogía de la descolonización intelectual en los Andes", en Walsh, C. *Estudios culturales latinoamericanos: retos desde y sobre la región andina*. Quito: Ediciones Abya-Yala, 2003, p. 135.
- Rey, G. "Los medios, la prensa y la academia. Propuestas para articular acciones conjuntas", en Comunidad Andina. *Comunicación para la integración: prácticas y desafíos en la región andina* Lima: Comunidad Andina, 2006, p. 104.
- Roncagliolo, R. *Problemas de la integración cultural: América Latina*. Bogotá: Editorial Norma, 2003.
- Sunkel, G. "Cultura, conflicto y formas de convivencia", en AA.VV. *América Latina: otras visiones desde la cultura*. Bogotá: Convenio Andrés Bello, 2005, p. 43.
- Ulloa Sanmiguel, A. "Identidad cultural e integración en América Latina", en Martín Barbero, J. *En torno a la identidad latinoamericana. Memorias del VII Encuentro Latinoamericano de Facultades de Comunicación Social*. México: Opción, 1992, p. 106
- Yudice, G. *El recurso de la cultura. Usos de la cultura en la era global*. Barcelona: Gedisa, 2002.